



LOS 4 SHERLOCKS SUPERHEROES

Jesús Cortés

Oriol Malet



1 Un mensaje misterioso

Watson vino a ladrarme cuando llegó la hora de su paseo.

«¡Guuuau!», me dijo, mientras yo no conseguía quitar los ojos del ordenador. Estaba viendo vídeos en YouTube de saltos en el aparato de gimnasia llamado «potro», o «caballo», según nos dijo Fernando, el profe de Educación Física. Saltos interiores. Saltos exteriores. Tortazos.





Un mensaje misterioso



A propósito: me llamo Fran. Una cuarta parte de Watson me pertenece. Las otras tres cuartas partes son de mis mejores amigos, Gomo, Mati y Wen. En San Telmo, nuestro pueblo, nos llaman los Sherlocks por nuestra afición a las historietas del detective Sherlock Holmes. Claro que también nos llaman así porque juntos hemos resuelto algunos casos un tanto especiales. En uno conocimos a Watson y nos lo quedamos. Watson es nuestro perro carlino. De los cuatro. Si no tiene el día gandul, casi siempre nos acompaña a todas partes, menos al cole, claro. De eso se libra. Cada semana lo tiene uno, y esa me tocaba a mí. Todavía era lunes.

«¡Guuuaau!», insistió Watson viendo que no quitaba los ojos de la pantalla.

Teníamos que saltar el potro del gimnasio del cole, el Lope de Vega. Bueno, toda la clase lo tenía que saltar. Órdenes del profe. Había dos modalidades de gimnasia: la artística y la rítmica. La rítmica era sobre todo para chicas. En la artística se usaban aparatos tanto en la categoría masculina como en la femenina. El potro formaba parte de las dos. Y era lo



que Fernando había elegido para entrenar nuestras habilidades con los saltos.

Por suerte, en el gimnasio solo había un potro y un trampolín. Y eran viejos. No había anillas, ni barras paralelas ni ninguno de los otros aparatos de los que nos había hablado Fernando. Lo malo era que solo podíamos practicar en el gimnasio del cole. El polideportivo no contaba con aparatos de esos.



–Guuu...

–¡Que ya voy! –le dije a Watson.

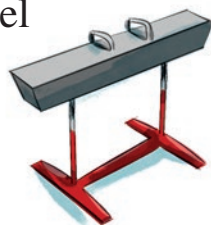
Watson se tragó el «au», se relamió el hocico y sacudió la cola enroscada.

Correa, bolsa para las cacotas.

¡En marcha!

Normalmente paseábamos a Watson por el parque o por la plaza del ayuntamiento. Pero a veces nos limitábamos a dar la vuelta a la manzana.

Acabábamos de salir cuando vi a un compi del cole muy cerca, como esperando a alguien debajo





de un balcón. Era Agustín, Agus para los amigos. Agus es un buen compi. Nunca se mete en líos y siempre puedes contar con él para cualquier cosa. Saludarlos nos venía de paso.



–Os estaba buscando –me dijo.

–¿A Watson y a mí? –me extrañó.

–No –contestó–. A ti, y a Gomo, y a Mati, y a...

–¿Y eso?

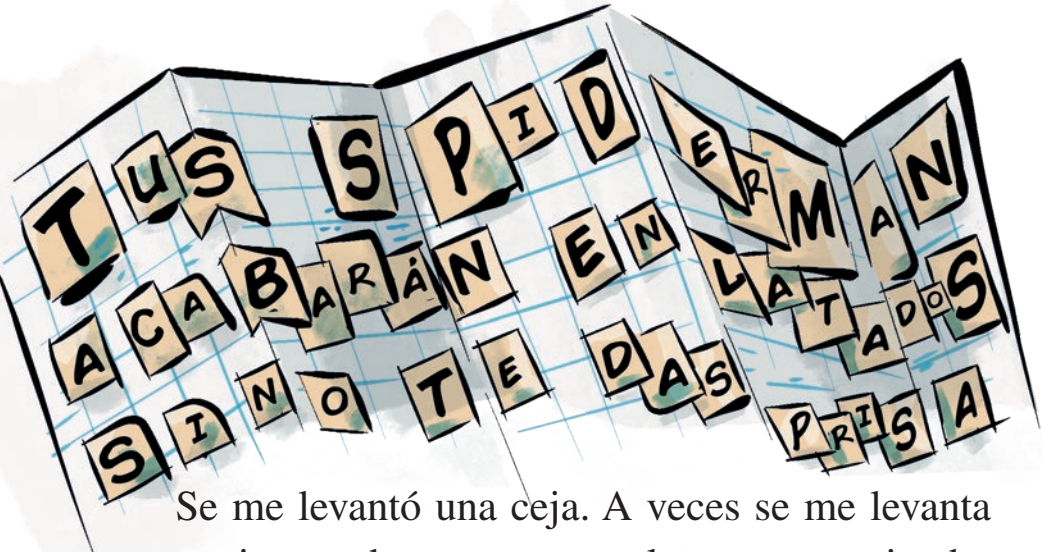
–Necesito que me ayudéis.

–¿A qué?

–A encontrar unos cromos.

Agus sacó un papel doblado de un bolsillo. Lo desplegó y me lo mostró. Era una hoja de libreta. Había un mensaje formado con letras y palabras recortadas y pegadas; unas más grandes, otras más pequeñas. Los recortes se veían sucios, con manchas como las que dejaría cualquiera que hubiese tenido hierros oxidados en las manos.

El mensaje decía:



Se me levantó una ceja. A veces se me levanta una ceja cuando me topo con algo que no entiendo.

–¿Qué quiere decir eso de «tus Spiderman»?
–pregunté.

–Debe de referirse a los cromos.

Agus confesó que se había encontrado la nota en el libro de mates, por la mañana, después del recreo. Pero que no sabía quién se la había colado, aunque se lo imaginaba.

–Creo que sé de qué va el mensaje –dijo.

–¿Y de qué va?

–De cinco cromos de mi colección de superhéroes. Los de Spiderman, Hulk, Viuda Negra, el Capitán América y Elektra. Alguien me los quitó hace un par de semanas, poco antes de la movida que se armó en el Pico del Cuervo, la del tesoro. Pensé que igual podíais ayudarme a encontrarlos.



–¿Nosotros?

–Os llaman los Sherlocks por algo, ¿no?

–Bueno, sssí –dije–. Pero la gente exagera, no te creas.

–¿Y podríais ayudarme a buscarlos?

–¿Con lo que pone en el mensaje?

Yo flipaba. A los Sherlocks nos gustaba hacer de detectives, pero no éramos adivinos.

–Pensé que igual se os ocurría algo –respondió Agus con cierto tono de esperanza.

–Bueno –dije–, tengo que darle un paseo a Watson. Pero después he quedado con Gomo y las chicas en la biblio. Acompáñame y nos lo explicas todo.

Si alguien te pide ayuda, no puedes dejarlo tirado debajo de un balcón así como así. Y menos aún si se trata de un compi.

–¡Vale! –exclamó. Así que nos fuimos juntos.

Unos veinte minutos después, entramos en la biblioteca. Gomo, Mati y Wen ocupaban sus lugares de siempre. Gomo se estaba comiendo una manzana. Tenía declarada una guerra contra los bollos industriales de la merienda. Quería perder peso.

